

La Gracia de Dios Glorificada en el Rey Manasés

Por el Rev. M. Heerschap (sermón 320a)

Lectura Bíblica: 2 Crónicas 33: 1-13

Salterio 238: 1, 2, 3

240: 1, 2, 3

283: 1, 2

381: 1-4

Queridos amigos:

Se encuentran las palabras de nuestro texto en el libro de 2 Crónicas, el capítulo 33, versículo 13, la última parte, donde leemos en la Palabra de Dios:

“Entonces reconoció Manasés que Jehová era Dios”.

Con la ayuda de Dios, vamos a considerar **“La gracia de Dios glorificada en el rey Manasés”**. Nuestros tres pensamientos principales serán:

- 1. Lo que era Manasés antes de ser convertido;**
- 2. Lo que se hizo Manasés a través de la gracia de Dios; y**
- 3. El cambio que se manifestó en la vida de Manasés.**

Primer pensamiento

Amigos, la conversión de un hijo de Adán es una obra maravillosa y preciosa, y esta obra es únicamente posible por Dios, a través del Espíritu Santo. Debemos resaltar la necesidad de conocer esta obra antes del día de nuestra muerte, porque es imposible entrar en el reino de Dios sin esta obra de Dios. Por la naturaleza todos somos extranjeros a Dios y a Cristo, y no sabemos nada en absoluto de aquella vida nueva que proviene de Dios. Todos nosotros, como descendientes de nuestro padre Adán, la cabeza del pacto de obras, somos condenables ante Dios, porque como nos dice el Señor en Romanos: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro. 3:23). Por nuestra naturaleza, todos somos muertos en nuestros delitos y pecados (Ef. 2:1). Por lo tanto, entenderán ustedes cuán necesario es nacer de nuevo y ser renovados a la imagen de Dios, Quien nos creó. Cuando el Señor abre nuestro corazón a través de la obra de Su Espíritu para que prestemos atención a la Palabra de Dios, ¡cuánto nos

maravillamos al ver la obra de Dios glorificada en un pecador condenable! Y, cuando enemigos de Dios son reconciliados con Él a través de Jesucristo y Su propiciación, eso hace que la maravilla sea aun más grande. Vamos a considerar esto en la vida de Manasés.

Manasés fue el decimocuarto rey de Judá, y era conocido por ser muy malo. De hecho, no se puede compararlo a ninguno de los príncipes de Judá o Israel en cuanto a su maldad. Sabemos de la Biblia que muchos de los reyes de Israel y Judá eran enemigos de Dios, y servían abiertamente a los ídolos y al pecado. También hacían que el pueblo de Israel se desviara y que les siguiera en su iniquidad. Sin embargo, Manasés era conocido como el más malo de todos los reyes de aquel tiempo. Fue el hijo del piadoso rey Ezequías, así que Manasés tuvo un padre que deseaba, por la gracia de Dios, servir a Dios y guardar Sus mandamientos. Podemos estar seguros, amigos, de que Ezequías crió a su hijo Manasés en el temor del Señor. Cuando existen padres quienes hayan aprendido por la gracia cuán necesario y precioso es el servicio de Dios, estos padres no pueden dejar de llevar a sus hijos al trono de la gracia en sus oraciones. De esta manera, Ezequías siempre pedía a Dios que le convirtiera a su hijo Manasés. Sin embargo, pareciera como si Dios no le escuchara, porque Manasés iba del mal en peor. Siempre recuerden, amigos, que por más buena que sea la educación de su hijo, o por más piadosos que sean los padres, la conversión verdadera no sucede a menos que Dios obre en el corazón del pecador con Su poder todopoderoso y con Su gracia irresistible.

Cuando Manasés tenía doce años, falleció su padre que tanto temía a Dios. Según los costumbres del reino, Manasés fue el sucesor al trono, y se hizo rey a la tierna edad de doce años. No sólo le faltaba la sabiduría y la experiencia debido a su edad, sino que también estaba rodeado con malos asesores que antes habían servido a su abuelo idólatra, el malísimo rey Acáz. Así es que muy pronto Manasés llegó a ser uno que odiaba y burlaba del servicio del Dios verdadero. Lo escuchamos en el mismo capítulo que leímos: “Hizo lo malo ante los ojos de Jehová” (2 Crón. 33:2). Manasés rechazó al Dios de su padre, menospreció el servicio del Dios verdadero, y vivió de una manera muy pecaminosa. Leemos que hizo “conforme a las abominaciones de las naciones que Jehová había echado de delante de los hijos de Israel” (v. 2). Abiertamente Manasés desafió al Dios Todopoderoso, pues derribó todo lo bueno que había edificado su padre, y en su lugar reedificó los lugares altos paganos que Ezequías su padre había derribado, así causando que el pueblo de Israel sirviera a los ídolos. Siendo un enemigo de Dios, Manasés “levantó altares a los baales, e hizo imágenes de Asera” (v. 3), y como el líder del

pueblo de Israel, este rey malo le rindió culto “a todo el ejército de los cielos en los dos atrios de la casa de Jehová” (v. 5).

¿Cómo se atrevió Manasés a poner los ídolos en el templo de Dios? Amigos, cuando el Señor deja a una persona a sí mismo, es capaz de hacer cualquier cosa. Cuando miramos a la vida de Manasés, es como si hubiera dejado de pensar humanamente, y se había bajado a un nivel más bajo del nivel de los animales. Tal como había hecho su abuelo Acaz, Manasés hizo pasar a sus hijos por el fuego para así ofrecerlos a Moloc, un dios falso de los paganos. No hay que maravillarse de que un monstruo de iniquidad como esto hubiera perseguido a los seguidores del Dios verdadero. Como nos dice la Biblia, el rey Manasés derramó tanta sangre inocente, de modo que la sangre de los muertos corrió por las calles de Jerusalén. Según la historia, habiéndose refugiado el profeta Isaías dentro del tronco hueco de un árbol, el rey Manasés fue él quien dio orden de serrar el árbol con el profeta dentro. Es probable que sea a este hecho al que se hace alusión el apóstol Pablo en Hebreos 11:37.

Oh amigos, ¡cuán profundo puede caer el ser humano, en cuyo corazón hay la maldad desde el momento de su nacimiento! ¿Qué habría pasado con el rey Manasés si hubiera seguido en sus caminos malos y si hubiera muerto sin ser convertido? Oh, entonces el infierno lo habría recibido, pues es el lugar que todos merecemos por la naturaleza. Pero, ¿cómo puede ser salvo tal persona? Hablando humanamente, para uno como Manasés no hay esperanza, y tendría que perderse para siempre, ¿no? Pero, ¡qué maravilla eterna es la gracia soberana! Al Señor Le place restaurar aun a tales personas a Su comunión otra vez. De hecho, muchas veces son los de que menos habríamos pensado nosotros que son salvos por el Señor. ¿Cómo llegó a saber Manasés que Jehová es Dios? Oh, amigos, eso sólo sucede a través de la obra del Señor, cuando pecadores que merecen la muerte son dirigidos a Dios por Él Mismo. ¡Qué milagro eterno que sea posible la salvación y la redención en el Señor Jesucristo para pecadores como el rey Manasés!

¡Qué firmeza y qué consuelo se encuentran en el inmutable y eterno Dios de Su pacto! El Señor Jesús, como el Hijo de Dios, vino en la carne para sufrir por los enemigos de la gracia libre, y para rescatarlos de la maldición de la Ley, el juicio de la muerte, el poder de Satanás, y la ira de Dios. Jesús vino para reunir a Su pueblo con Dios, y para restaurar para ellos lo que se había perdido en el Paraíso. En todo momento Jesús exaltó el honor de Su Padre al conseguir la salvación de Su Iglesia. Jesús anunció “todo el consejo de Dios” (Hecho 20:27), y “la gracia se derramó en Sus labios” (Salmos 45:2). Él sirvió de garante para pagar la deuda de Su pueblo, y

como Mediador, Jesús reconcilió a pecadores como Manasés con Dios, así redimiéndolos del pecado y de la destrucción. Esta redención de Su pueblo dependió de la satisfacción de la justicia de Dios, y por eso Cristo tuvo que morir en la cruz, pues no había otra manera de reconciliar a un pecador que había caído tan profundamente con Dios Mismo. Oh amigos, ¡qué maravilla más incomprensible es que el Señor mire a tales personas como Manasés y se revele a Sí Mismo a tales enemigos! ¿Cómo puede ser esto? Leemos la respuesta a esta pregunta en Romanos 5:20: “Mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia”. Es así que podemos hablar del eterno milagro de la gracia libre y soberana que hace posible que tales enemigos sean salvos a través de Otro. Pero es importante saber *cómo* tales pecadores, como Manasés, lleguen a conocer su culpa, y cómo lleguen a reconocer que Jehová es Dios. Veremos esto en nuestro segundo pensamiento: **lo que se hizo Manasés a través de la gracia de Dios.**

Segundo pensamiento

En la vida de Manasés (y en la vida de todos aquellos que son amados de Dios desde la eternidad), vemos la confirmación de las palabras de Dios en la Biblia que nos dicen: “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva” (Ezequiel 33:11). ¡Qué misericordia más grande que hable así a uno como el rey Manasés. Seguramente en el tiempo de este rey aún había en Israel un pueblo humilde y pobre de espíritu que oraba en secreto que Dios mostrara Su poder en la vida de Manasés. Sabemos que el Señor envió a Sus profetas fieles, como Isaías, Miqueas, y Habacuc, que advertían al rey y al pueblo sobre los justos juicios que Dios iba a enviar sobre Judá y Jerusalén si no dejaban sus caminos malos. Sin embargo, al menos en el caso de Manasés, no se hizo caso a las admoniciones de los voceros de Dios. No obstante, el Señor, Quien tiene el nombre Admirable, había decretado mostrarse misericordioso al rey Manasés, y Dios obró el cambio en Manasés según su eterna y soberana gracia libre.

El rey de Asiria fue usado como el medio en las manos del Señor para obrar este cambio en Manasés. Sabemos que Manasés se había juntado de una manera muy imprudente con los egipcios para luchar contra este poderoso rey de Asiria. Entonces fue el Rey de reyes Quien hizo que Manasés fuera hecho sujeto al rey de Babilonia. Este rey babilónico había conquistado con su gran ejército, y todos se arrodillaron ante su gran poder. No hay que maravillarse de esto, pues fue el Rey Todopoderoso que había empleado este rey de Babilonia como una vara en Su mano

divina. Y en fin, ¿qué pasó con Manasés? Leemos que los generales del rey babilónico “aprisionaron con grillos a Manasés, y atado con cadenas lo llevaron a Babilonia” (v. 11). Oh, ¡miren cómo son los caminos del Señor para con el hombre pecador! De un momento a otro Dios cambió a este orgulloso rey Manasés, quien había sido un gran enemigo de Dios y de Su gracia, y quien había confiado en los ídolos y no en el Dios de los cielos y de la tierra. Se le quitó a Manasés todo su esplendor, y el rey se hundió en la miseria más profunda.

Queridos amigos, el Señor tiene todo el poder, y sabe cómo hacer que el enemigo no sea nada en sí mismo; Dios sabe hacer que Sus enemigos se vuelvan pequeños, pobres, y necesitados. La Biblia no nos cuenta cuánto tiempo quedó Manasés en la cárcel; algunos calculan que fueron como seis años. Sea lo que fuere, la cárcel fue el largo donde Dios se reveló a Manasés con Su poder irresistible, y fue la cárcel donde Dios se encontró con Su enemigo. Allí, en aquella prisión, el Señor abrió los ojos de Manasés para que viera todos sus pecados y la gravedad de ellos, y para que se diera cuenta de que sus pecados deshonraron a Dios y eran condenables ante Él. El Espíritu Santo convenció a Manasés de pecado, de justicia, y de juicio (Juan 16:8). Su consciencia comenzó a molestarle, y sus ojos ciegos fueron abiertos para la ley de Dios, la cual lo dejó condenado.

Así la sangre de los inocentes ya clamó por la venganza del Dios de los cielos. El Señor hizo que Manasés viera que había pecado contra un Dios santo y justo, y entonces Manasés no pudo ver más que el infierno y el abismo que lo esperaban. Manasés se postró bajo la carga de sus pecados y su culpa. Allí experimentó la miseria inexpresable que experimentan todos los hijos de Dios cuando reconocen su miseria de la ley de Dios, y cuando se dan cuenta de que tienen que comparecer delante de Jehová Dios. En aquel momento Manasés, junto con todo el pueblo de Dios, quedó sin excusa alguna, ya que él había pecado contra Dios, la ley lo había condenado, y se sintió completamente perdido. Había pecado obstinadamente ante Dios justo, y ahora las flechas de la ira de Dios lo alcanzaron. Para Manasés, Dios sería completamente justo si lo echara al infierno para siempre.

Oh amigos, no podemos expresar en palabras cómo se siente el pecador en el cual Dios pone sus todas sus iniquidades públicas y secretas a la luz del rostro de Dios (Salmo 90:8), y cuando todos estos pecados testifican en contra del pecador. Oh, ¡cómo se llena de temor el pecador en aquel momento! Sólo aquellos que realmente son convertidos a Dios, y solamente ellos, pueden darse cuenta del temor que experimentan cuando Dios pone todas las maldades de

uno delante de Su santo rostro, y cuando se hacen pecadores culpables y condenables antes los ojos de un Dios santo y justo. Así pasó con Manasés, pues ahora sus ojos fueron abiertos para ver su estado miserable, y se arrodilló en el polvo y buscó al Señor su Dios, humillándose mucho delante del Dios de sus padres. Oh amigos, ¡fíjense en qué hace la gracia de Dios cuando se magnifica en el alma de un pecador! Manasés, aquel pecador orgulloso e impío, se pone a orar como jamás había orado: con un corazón quebrantado y con un espíritu humilde; él ora como un pecador condenable que no merece más que la muerte. Ahora lo vemos clamando al Dios viviente, el Mismo Dios a Quien antes él había blasfemado y provocado, y lo vemos suplicando a su Juez, rogándole que tenga misericordia de él. ¡Cuán poderosamente procedió la conversión de este rey malo! Cuando el Señor obra en el corazón, pues ¿quién Lo podrá impedir?

La conversión verdadera siempre se manifiesta en un conocimiento vivo del pecado que uno ha cometido contra Dios, y esto provoca una tristeza sincera en el corazón. Leemos en la Biblia que “la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse” (1 Cor. 7:10). Por la naturaleza, nuestro corazón es tan duro como el de Manasés, y la semilla de cada pecado que manifestó en la vida de Manasés se encuentra en nuestro corazón también. Es sólo por la gracia común de Dios si somos guardados del Señor para no cometer los mismos pecados que cometió Manasés. Además, no queda otra manera de escape para un hijo de Adán, y no queda otra manera de estar restaurado en la comunión de Dios, fuera que este camino en el cual Manasés, el publicano, el hijo pródigo, Saulo de Tarso y todos los demás hijos de Dios han tenido que pasar. Amigos, de esta manera el pecador regresa a Dios con toda su culpa e iniquidad, y reconoce que Dios es libre en Sus tratamientos para con nosotros, de modo que no tenemos ningún derecho a nada. En toda su lucha terrible, Manasés oró a Dios que lo mirara a través del Salvador prometido, y que el Señor tuviera misericordia de él. Si *no* sucediera el momento en que el Espíritu Santo le da al pecador una oración como la de Manasés, seguramente el pecador se llevaría a la desesperación y pondría fin a su existencia miserable. Sin embargo, el Señor recuerda Su pacto y corona Su propia obra en el corazón.

Además, el Señor escucha las oraciones que Él pone en el corazón del pecador, también de este rey Manasés. Así leemos en la Biblia: “Y habiendo orado a él, fue atendido; pues Dios oyó su oración y lo restauró a Jerusalén, a su reino”. (2 Crón. 33:13). Por eso, amigos, pueden imaginarse que Manasés salió de la cárcel como un pecador humillado. El rey de Babilonia le había dado permiso regresar a su tierra a condición de que Manasés le pagara impuestos cuando

fuera restaurado a su reino y su gloria de nuevo. Así que fue por la gracia que “entonces reconoció Manasés que Jehová era Dios”.

Amigos, por la naturaleza el hombre *no* reconoce que Jehová es Dios, a menos que Dios Mismo lo convierta y le otorgue su gracia para que nazca de nuevo, y para que reciba un corazón que entiende y ojos que son iluminados para conocerse a sí mismo, y también para conocer a Dios y la salvación que hay en Cristo Jesús. Puede ser que todos confesemos que creemos en Dios, pero esto no es suficiente, porque por la naturaleza *no* reconocemos que Jehová es Dios. En el proceso de la regeneración, los hijos de Dios se hacen partícipes de la naturaleza divina, y entran en una relación con Dios en Cristo Jesús que no se puede expresar con palabras humanas. Su deseo ya no es simplemente escapar del castigo de Dios o del infierno, ni es meramente un deseo de entrar en el cielo. Para este pueblo, su deseo por el resto de su vida es que vivan al honor y a la gloria de Dios, y que Dios sea conocido, servido y adorado por él y por todos los demás. Para tal pueblo, Dios ya no es un Dios desconocido, y ahora se dan cuenta de que Dios merece ser alabado y glorificado con todo el poder de su cuerpo y alma. Así es que Manasés aprendió a reconocer que Jehová es Dios, y que Él es Aquel que había obrado la maravilla de la gracia en su corazón, en el corazón de uno que había experimentado con Pablo “que Cristo Jesús vino al mundo para salvar los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Ti. 1:15). Oh, ¡qué privilegio es estar en tal condición delante de Dios! Estos son los sacrificios de Dios que Le agradan, como leemos en Salmo 51: 17: “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humilde no despreciarás tú, oh Dios”. El pueblo que experimenta esto ya desean vivir y andar según la voluntad de Dios, como veremos en nuestro tercer pensamiento: **el cambio que se manifestó en la vida de Manasés.**

Tercer pensamiento

Por los frutos de su vida, podemos ver que la conversión de Manasés fue verdadera. Al regresar a Jerusalén y ser restaurado al trono de sus padres, este rey mostró por los frutos de su vida que lo que había acontecido en la cárcel era la obra de Dios en su alma. Con la confesión que había hecho Manasés, el rey comenzó una nueva vida en su reino, y en su alma sintió la necesidad de declarar abiertamente delante de su pueblo que el Dios de sus padres era el único Dios, y que era un Dios eterno y fiel a Su pacto. Delante de todos, Manasés mostró que era un siervo del Dios viviente. Así leemos en las palabras de nuestro capítulo: “Asimismo quitó los

dioses ajenos, y el ídolo de la casa de Jehová, y todos los altares que había edificado en el monte de la casa de Jehová y en Jerusalén, y los echó fuera de la ciudad. Reparó luego el altar de Jehová, y sacrificó sobre él sacrificios de ofrendas de paz y de alabanza; y mandó a Judá que sirviesen a Jehová Dios de Israel” (v. 15, 16).

Así la conversión de Manasés se manifestó con muchos frutos. Él no tenía vergüenza hablar abiertamente sobre Su Dios y Su Palabra. En todo lo que hizo, este rey ahora tenía en mente el servicio de Dios, a Quien había conocido. Ya no pudo tolerar ninguna religión falsa en su reino, y en eso tenía éxito hasta el punto de impedir que su pueblo ofreciera más a los dioses falsos, aunque el pueblo aún sacrificaba en los lugares altos. Podemos imaginarnos cómo le dolió al rey Manasés ver estos remanentes de su reino anterior, y cómo esto llegó a ser su propia culpa en su corazón, y es seguro que al ver el pecado de su pueblo, se humilló delante de Dios. Desde ahora en adelante la vida de Manasés fue consagrado al servicio de Dios. Leemos que Manasés reinó en paz por muchos años, y murió cuando tenía 67 años. Muchos años después de su muerte, aun hasta el día de hoy, la Palabra de Dios ha testificado de su conversión verdadera. Leemos que su hijo Amón reinó en su lugar, y que “hizo lo malo ante los ojos de Jehová, como había hecho Manasés su padre” (v. 21). Pero también leemos de Amón que “nunca se humilló delante de Jehová, como se humilló Manasés su padre; antes bien aumentó el pecado” (v. 22).

Manasés quedó un humilde y pobre pecador en sus propios ojos hasta el día de su muerte, tanto que no se sintió digno de ser sepultado en el lugar de sus padres, sino en su propio jardín de su casa. Hasta el fin de su vida Manasés quedó nada en sus propios ojos, y esto fue el fruto de su conversión verdadera. Oh, ¡cuán poderosa e irresistible es la gracia que obra en el corazón que es convertido por Dios!

Queridos amigos, la verdadera conversión es solamente la obra de Dios. Se les digo esto porque vivimos en una época cuando la gente no quiere saber de una conversión como la de Manasés, sino que intentan obrar su propia salvación a través de sus buenas obras, y sin el conocimiento de su miseria. Al hacer esto, niegan a Jesucristo en Su Persona como el verdadero Dios, Lo niegan en Su dignidad como el único Mediador entre Dios y el hombre, y Lo niegan como el Único que puede reconciliar por los pecados de Su pueblo. También al tratar de obrar su propia salvación, la gente niega la Persona del Espíritu Santo, el Único que puede obrar una verdadera conversión en el alma. Oh amigos, los frutos de estas conversiones falsas revelan que no son más que las obras del hombre; estas personas tienen todo su religión en su cabeza, y no en

su corazón. La raíz del asunto no está en sus corazones, y no saben nada del nacimiento nuevo o de la conversión verdadera por la cual Dios obra a través de Su Espíritu. Pues en el corazón donde se encuentra esta obra de Dios, el pecador condenable cae como muerto a los pies de Dios, pidiéndole misericordia al Único que nos puede salvar de nuestras iniquidades y restaurarnos en la comunión con Él.

Amigos, ya hemos mencionado cuáles son las señales de la conversión verdadera, y cómo desea el alma convertido vivir sin pecado delante de Dios y en la comunión de la fe. Además, es la obra del Espíritu Santo en la conversión que nos lleva a la verdadera humildad ante Dios, y que causa que nazca en nuestro corazón hambre y sed por la justicia de Cristo. También, cuando el Espíritu convence de pecado, de justicia, y de juicio, la persona no trata de encubrir el pecado, sino que confiesa su pecado con una confesión justa, como escuchamos de David: “Mi pecado te declararé, y no encubriré mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado” (Salmo 32:5). ¡Qué salvación más bendita ha sido ganada por el Señor Jesucristo! Es una salvación obrada en los hijos de Adán debido a la gracia soberana, y en esta salvación un Dios Trino se reconcilia con un pecador que merece la muerte y la condenación, y el pecador recibe la salvación, la paz, y la gloria eterna a través de la justicia de Cristo. Con esta salvación ninguna ley puede condenar más, porque la ley ha sido satisfecha por Cristo. También con esta salvación el diablo y el infierno se alejan, porque Cristo ha conquistado el poder del infierno y de la muerte. Con esta salvación un dulce consuelo fluye al pecador que está reconciliado con Dios, porque recibe la paz de Dios como fruto de la obra de Jesús y del Espíritu Santo. También los salvos experimentan su adopción como hijos de Dios, y el gozo espiritual es su porción. Oh, amigos, ¿no es esta una bendita salvación? Se trata de un pueblo que reconoce que Jehová es Dios, y de esto cantan, como vamos a cantar nosotros de **Salterio 238, las estrofas 1 y 2.**

Aplicación

Amigo mío, aunque usted no haya caído hasta la profundidad que cayó Manasés, nuestra naturaleza no es más que ser muerto en la iniquidad y el pecado. Con todas las bendiciones que recibimos, como una buena educación cristiana y una buena crianza por nuestros padres, si no nacemos de nuevo jamás veremos el reino de Dios. Es más, si no aprendemos por este lado de la muerte que Jehová es Dios, algún día lo aprenderemos, pero ya será demasiado tarde. ¡Cuán terrible será escuchar las palabras del Señor y Juez: “Apartaos de mí, todos los hacedores de

iniquidad” (Salmo 6:8)! Por eso no es posible amonestarles demasiado que se huyan de la ira venidera. El Señor todavía los llama con Su Palabra, diciendo: “Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?” (Ez. 33:11) Hemos visto la verdad de la palabra de Dios en la vida de Manasés en el mismo versículo de Ezequiel 33, donde el Señor dice: “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y viva”. En otro lugar en las Escrituras leemos “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Is. 55:7).

¡Miremos a Manasés! Aunque es la obra del Espíritu Santo enseñarnos el camino de la salvación, el llamamiento al arrepentimiento que Dios nos da en Su Palabra es *nuestra* responsabilidad. Por eso, no menospreciemos las amonestaciones de la Palabra de Dios, porque hay salvación por el mayor de los pecadores. Qué el Espíritu Santo, Quien es el Espíritu de gracia y de suplicación, nos dé lo mismo que dio a Manasés, para que busquemos el rostro de Dios con oración y lágrimas. Piensen en los hermanos de José: cuando sus hermanos se volvieron culpables, José no pudo contenerse más, y se reveló a sus hermanos. Qué el Señor glorifique Su gracia en nuestro corazón para Su honor y para el bienestar de nuestra alma, y para que reconozcamos con Manasés que Jehová es Dios.

Pueblo de Dios en cuya vida el Señor ha entrado, ¿entiende a Manasés en sus oraciones, en la gran angustia de su alma, y en su lucha espiritual? ¿Acaso no fue lo mismo con usted, que usted también clamó a Dios que haya tenido misericordia de usted? Aunque no haya cometido el mismo pecado que cometió Manasés, usted ha visto su propia imagen en este rey malo, ¿no es cierto? Qué milagro de la gracia de Dios es que usted ya haya conocido algo de su propio corazón malo, del cual salió toda clase de pecado. Qué maravilla es que usted haya sido vuelto del camino que llevaba a la destrucción eterna, y que haya sido puesto delante del tribunal de Dios para así reconocer sus propios pecados. Yo creo que usted puede entender a Manasés cuando lo escuchamos rogando a Dios que tenga misericordia de él.

Tal vez, hijo de Dios, usted diga, “Pero no soy librado de la cárcel todavía”, y así usted no tiene la libertad de decir que Manasés que Jehová es Dios. Oh, ánimo, porque Dios, Él que ha comenzado la buena obra en su corazón, también hará que se cumpla esa buena obra. El deseo de su alma, mi amigo, es que su alma tenga deseo por Él, ¿no es así? También usted desea que pueda vivir al honor y a la gloria de Su Nombre por el resto de sus días, ¿no es cierto? Oh,

busque Su rostro en oración, y pídale sabiduría, luz, fuerza, gracia, y especialmente el Espíritu Santo y la experiencia de Su consuelo en su alma, y entonces se manifestará que usted reconoce que Jehová es Dios. Esto también se manifestará por los frutos de su vida: por el hecho de que usted deja los caminos del pecado y de la muerte, porque cuando el Señor comienza la buena obra en el corazón, ya no es posible “participar en las obras infructuosas de las tinieblas” (Ef. 5:11). Si Dios ha comenzado esta buena obra en su corazón, no podrá mantener silencio cuando se deshonra el Nombre de Dios, o Su Palabra, Su verdad, y Su ley. No, entonces usted exhortará a los demás que busquen a Dios, igual como se manifestó en la vida de Manasés cuando volvió a su reino. Aquí en este mundo, pueblo de Dios, solamente experimentarán una pequeña parte de la gloria, y aun después de haber recibido la gracia usted tendrá que lamentar con Pablo: “¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?” (Ro. 7:25) Pero algún día seremos benditos para siempre, y para siempre echaremos nuestras “coronas delante del trono” (Ap. 4:11). Entonces para siempre admiraremos la redención de pecadores a través de la obra del Sumo Sacerdote, el Señor Jesucristo.

Qué Dios nos lo otorgue por amor a Su pacto, Amén.